

La Novela Americana Cinematografica



NÚM. 38
30 cts.

Reyes del aire

por
Shirley Mason
y Ben Lyon

LA NOVELA AMERICANA
CINEMATOGRÁFICA

Publicación semanal

Francisco - Mario Bistaña

Director

AÑO II

NÚM. 38

Reyes del aire

Drama cinematográfico de
John Francis Natteford

Interpretación de
Ben Lyon, Shirley Mason
y Jason Robards

Producción Columbia

Distribuida por

Príncipe Films, Sdad. Ltda.

Calle Aragón, 249 - BARCELONA
Aldamar, 7 y 9 - SAN SEBASTIÁN

Postal-regalo: POLA NEGRI

Ediciones BISTAÑE
Pasaje de la Paz, 10 bis. - Barcelona.

Reyes del aire

Argumento de la película

I

En el aeródromo de la Marina Norteamericana en San Diego, se apiñaba una multitud ansiosa de bellezas y emociones. Era que, como todos los años, se efectuaba la fiesta de aviación en que se proclamaban ases a los muchachos que triunfaban en el concurso, exponiendo su vida en toda clase de acrobacias y ejercicios aéreos.

Aquel año surgió un nuevo y prodigioso héroe del aire: el sargento Moran.

Su valor y su arte fueron la atracción principal en aquel concurso. Por eso una imponente multitud llenaba materialmente el aeródromo.

Primero, escuadrillas de aviones ejecutaron con admirable justeza la instrucción militar aérea.

Después, el jefe del jurado anunció al público por medio de potentes altavoces:

—Señores: El sargento Ricardo Moran va a mostrarnos algunas de las hazañas que le han dado renombre.

Del campo se elevó majestuosamente un aparato. Describiendo paráolas llegó a gran altura, y después, efectuó toda clase de acrobacias, tan temerarias y espectaculares, que el público apenas se atrevía a respirar. Rizó el rizo y se dejó caer de gran altura con el motor parado. Esto hacía creer en un accidente, pero cuando el aparato estaba a poca distancia del suelo el piloto embragaba nuevamente el motor y volvía a elevarse.

Voló cabeza abajo y, terminado el repertorio, descendió dibujando espirales y acabó posándose suavemente, entre unánimes aclamaciones, en el centro del aeródromo.

* * *

Mientras tanto, en el aeropuerto municipal de Miduville, Miguel Moran, hermano mayor de Ricardo, continuaba su vida obscura y de infatigable trabajador.

Había conseguido, tras grandes esfuerzos, adquirir un avión que utilizaba como vehículo para pasajeros en una línea que iba desde aquell

punto a otros aeropuertos no muy distantes. El negocio le daba para vivir, pero sin abandonar el continuo trabajo.

Aquel día en el semblante de Miguel se reflejaba profundo gozo que no trataba de disimular, y esta alegría fué aumentada por la visita de Elena.

Era ésta la vecinita linda y buena que en la infancia había compartido con él y con su hermano los juegos. Diariamente le visitaba, y, esta vez, al observar el contento que rebosaba en Miguel, inquirió:

—Miguel. ¿A qué se debe tu alegría?

—A dos cosas—contestó él—. La primera, a que Ricardo llega hoy.

Y le mostró un telegrama que decía:

Miguel Moran.

Aeródromo Municipal, Miduville.

Licencia absoluta en el bolsillo y todo un as aviación. Llegaré a casa ocho noche.

Unida a los Moran por un cariño antiguo y verdadero, Elena Roberts se consideraba, más que amiga de ellos, un miembro de la familia. Por eso se hizo partícipe de la alegría de Miguel.

—Muchas veces—dijo—me he preguntado si seguirá siendo tan mala cabeza como cuando éramos niños... Desde su partida he pensado mucho en él.

Continuó haciendo a Miguel preguntas sobre Ricardo y al fin explicó:

—No te extrañe que te pregunte con tanto

interés por él... Tú siempre has sido para mí como un hermano mayor y no te ocultaré que sus éxitos me han hecho recordar con frecuencia que, de niños, jugábamos a los novios.

Había en aquella ingenua revelación algo encantador por lo candoroso, y delicioso por el gesto femenino de que acompañó sus palabras, pero que a Miguel produjo visible mal efecto.

Se calló entonces el segundo motivo de su alegría y se dejó besar por Elena fraternalmente en señal de felicitación.

¡El que llevaba en el bolsillo un precioso anillo que había comprado con sus ahorros para ponérselo a Elena después de hacerle una franca declaración!

Había tenido la candidez de creer que aquellas vivas demostraciones de afecto con que Elena correspondía a las suyas no eran puramente fraternales.

Y rió con velada amargura al pensar:

—¡Demonio de chiquilla! ¡Es tan niña aún!...

* * *

Elena había tenido la ocurrencia de preparar una fiesta para recibirla y a Miguel le pareció excelente la idea, por lo que se apresuró a enviar mensajes a sus conocimientos del contorno para que asistieran al recibimiento.

Miguel fué a la estación a recibirla y Elena se quedó de ama de casa.

Cuando llegó el héroe acompañado de su her-

mano y le vieron desde la puerta que daba al jardín, la joven exclamó:

—¡Ya están ahí! ¡Apagad las luces!

Una mano obedeció al instante y otra orden voló por la obscuridad:

—¡A esconderse todos! ¡Hay que darle un buen susto!

Abrió Ricardo la puerta decidido y se encontró en un océano de sombras.

—¿No habías dicho — preguntó a Miguel — que la casa estaba llena de gente para recibirmé?

Miguel temiéndose algo de lo que en realidad sucedía no contestó a esta pregunta, y, de pronto, cuando Ricardo buscaba a tientas la llave de la luz, sintió que veinte brazos le sujetaban.

Era un héroe, pero ello no impidió que diera un salto al mismo tiempo que una mano caritativa rodaba la llave de la luz.

—¡Menudo susto me habéis dado! — exclamó llevándose una mano al corazón.

—¡Viva el héroe! — gritó uno.

—¡Viva! — respondieron todos.

—¡Viva el nuevo Lindberg!

—¡Viva!

Ricardo llevaba el uniforme de la aeronáutica. Era un muchacho alto, fuerte y de semblante simpático. La energía y la decisión eran características de todos sus movimientos y ademanes.

Se había interrumpido la música y el baile, pero en seguida se volvió a tocar y a bailar,

después de escuchar unas palabras del más grande aviador de los Estados Unidos, palabras en las que Ricardo demostró que si bien no era un fatuo, no consentía que nadie fuera mejor aviador que él y más generoso que él en eso de repartir afecto a manos llenas.

Se dirigió a una joven que no tenía pareja.

—También me gusta mucho rizar el rizo con los pies. De modo que si usted me lo permite...

Pero apenas había terminado de pronunciar estas palabras, un caballero se interpuso y se llevó bailando a la muchacha al mismo tiempo que decía:

—Esta es mi pareja y no consentiré que me la quite ningún ventajista como usted. Pobres de nosotros si dejáramos a nuestras novias en manos de los héroes.

A Ricardo le hizo gracia la broma, pero le disgustó el no tener pareja para bailar como bailaban todos.

Miguel estaba en la cocina preparando no sabía qué diablos de tortas y refrescos. Las muchachas le miraban deseosas de bailar con él, pero los muchachos no las dejaban. Estaba visto que se iba a aburrir de lo lindo.

Pasó a una habitación vecina atraído por la vista de un hermoso pastel y se dispuso a probarlo para comprobar si eran iguales que en los tiempos pasados.

Metió un dedo y chupó. ¡Excelente! Fué a

repetir, pero en este momento oyó que una voz decía a sus espaldas:

—¿No le da vergüenza a todo un héroe es-
troppear el pastel que tanto nos ha costado ha-
cer perfectamente redondo?

Ricardo se volvió.

Se presentaba a sus ojos una linda muchacha de vivos ojos y cara de niña inteligente, de la que se le ocurrió pensar en seguida que era más dulce que el pastel.

—Dígame, señorita—manifestó por entablar conversación—. ¿Es verdad que toda esta fiesta se celebra en honor de mi llegada?

Elena, que no era otra la muchacha con cara de niña inteligente, se le quedó mirando y dijo en vez de responder a su pregunta:

—Pero, ¿de verdad no me conoces?

El tuteo tuvo la virtud de interesar grande-
mente a Ricardo.

—No tengo la menor noción. Y crea usted que lo lamento, pues una mujercita tan deli-
ciosa...

—Basta. No te molestes. Nada podrá borrar el mal efecto de tu ignorancia.

—Le suplico que me perdone—dijo Ricardo mientras buscaba a tientas el pastel para volver a hincarle el dedo.

—Te voy a refrescar la memoria... ¿Te acuer-
das de una muchachita con pecas?

—Hay tantas muchachitas con pecas...

—¿Y que tenía unas trenzas muy largas?

—La verdad, no recuerdo.

—¿Y que andaba con los pies para adentro como los patos?

Se iluminó el semblante de Ricardo.

—¡Elena!—exclamó—. ¿Pero es posible?

Y añadió cogiéndola de las manos y mirándo-
la de pies a cabeza:

—¡Cualquiera lo diría! ¡Tan feúcha como
eras!

—Más feo eras tú.

—Ya lo creo: treinta veces más feo. Las ga-
llinas se espantaban cuando me veían. Pero
también tú te traías lo tuyo. ¿Te acuerdas de
aquellos pantalones que te asomaban un palmo
por debajo de la falda y que llevaban dos la-
zos amarillos?

Elena se echó a reír de buena gana y se puso colorada cuando Ricardo añadió:

—Supongo que habrás cambiado el patrón de
los pantalones.

Como ni uno ni otro tenían pareja, se enlaza-
ron por la cintura sin convenirlo previamente y
se lanzaron al torbellino de la sala.

Varias veces hizo Ricardo reír a Elena hasta
que las lágrimas le saltaron y varias veces tuvo
ella genialidades que hicieron las delicias del
héroe, el cual, como se va viendo, competía en
infantilidad con Elena.

Sería muy difícil que el lazo de simpatía que
se había reanudado entre ellos se deshiciera y
más habiendo comprobado ambos que tenían
mayores atractivos que el mencionado. El era
alto y arrogante. Ella, una figulina viviente y

con unos ojos que invitaban a lanzarse a fondo con cada mirada.

Después de la fiesta, cuando los invitados se despidieron y Elena y Ricardo les acompañaron hasta la puerta, éste, al ver que estaba allí el viejo Ford de su hermano, cogió a Elena por la cintura y después de depositarla al lado del volante, se sentó él dando un gran salto y partió a toda velocidad.

Fué inútil que Elena protestara instándole a que invitaran a Miguel a que les acompañara en el paseo.

—¡Paseo! Eso se queda para los catedráticos jubilados. Nosotros vamos a devorar kilómetros.

Al día siguiente Ricardo era un aviador civil dispuesto a elevar a las más altas nubes el pequeño negocio de su hermano.

Mientras estuviera él allí se cuidaría de pilotar el aeroplano en los pequeños viajes que surgieran.

Al lado del hangar de Miguel había otros pertenecientes a rivales en el negocio. Cada cual tenía su aeroplano y todos colocaban anuncios en la puerta anunciando la marca del aparato y el precio de los viajes por kilómetros.

Ricardo estaba en el aeródromo en tanto Miguel andaba por el interior del taller, cuando apareció Elena corriendo con toda la ligereza de sus piernas finas y tan perfectamente modeladas como si estuvieran hechas a cincel.

Ricardo corrió hacia ella y le cortó el paso cogiéndola por la cintura haciendo describir un círculo en el aire como si fuera una muñeca o un pájaro.

—Te estaba esperando para que nos fuéramos a dar un paseo en avión.

Y antes de que pudiera responder, la cogió de la mano y se la llevó corriendo en dirección al aeroplano que estaba en medio del aeródromo.

Al llegar al avión, se volvieron y vieron a Miguel que les hacía señas desde la puerta, un poco extrañado de la conducta no del todo seria del héroe... y también de la heroína.

—¡Pobre Miguel!—exclamó Elena al mismo tiempo que le enviaba un saludo con la mano. Ni siquiera me has dejado darle los buenos días.

—¡Bah!—replicó Ricardo—. Mañana se los darás dos veces y asunto concluído.

En menos que se cuenta puso en marcha el aparato, el cual se remontó suave y majestuosamente, al ser manejado por la mano experta del campeón de la Marina.

De pronto vió Elena que el aeroplano descendía sobre un campo casi cuajado de almendros en flor y antes de que pudiera darse cuen-

ta, advirtió que el aeroplano se deslizaba dando saltos por el terreno irregular de un calvero, deteniéndose con el espacio justo para no chocar contra una fila de almendros.

Creyó que se trataría de un accidente y su sorpresa fué muy grande cuando Ricardo, apeándose del avión con la misma ligereza con que se habría apeado de un automóvil, le decía:

—Detengámonos aquí un momento. La mañana es hermosa.

Y siguiendo lo que ya se iba convirtiendo en una costumbre en él, la cogió de la cintura, la sacó de su asiento fácilmente y la condujo a la sombra de los almendros en flor.

Lo que sucedió casi inmediatamente era de esperar. Eran jóvenes, simpatizaban profundamente, tuvieron la falta de cuidado de mirarse a los ojos desde demasiado cerca. Un largo beso y una manifestación espontánea y sentida por parte de ambos.

—Te amo.

—Te amo.

Miguel esperaba impaciente la vuelta del aeroplano. Había perdido un viaje por no tenerlo dispuesto.

Cuando le vió aparecer en el horizonte y acercarse haciendo diabluras, como si en vez de estar a mil metros de altura estuviera en la pista de un circo, se horrorizó. Ricardo sacó a relucir todo su repertorio de acrobacias, las cuá-

les le habían valido el premio en el ultimo concurso de la Aeronáutica Naval, y se dejó caer de aquel modo espectacular que daba la sensación de que el aparato era un papel a merced del viento.

Cuando Miguel le vió parado y seguro sobre la arena del aeródromo, se acercó a él y dijo con tono severo a Ricardo, el cual bajaba del avión en aquel instante:

—Pídias ser más prudente cuando vas acompañado de una mujer.

Después de ayudar a bajar a Elena, repuso Ricardo:

—No me hables de prudencia esta mañana, Miguelín. Necesito demostrar mi alegría sea como sea... Porque has de saber, hermano mío, que esta muchacha es mi novia.

Y para demostrarlo de un modo que no diera lugar a dudas, la rodeó con sus brazos y le estampó un beso en la boca.

Miguel comprobó que Elena estaba radiante de felicidad y esto aumentó la amargura que la noticia le había producido.

Echó mano de todas sus fuerzas para disimular y lo consiguió, pero no hasta el punto de tener valor para dar la enhorabuena a los enamorados.

Cuando le invitaron a celebrar la nueva en compañía de ellos, yéndose los tres a comer al mejor hotel de la capital, se disculpó:

—Hoy no puedo acompañaros. Tengo mucho trabajo.

Y regresó al taller con el corazón rezumando amargura.

Antes de salir del aeródromo, un desconocido se acercó a Ricardo.



... la rodeó con sus brazos y...

—Perdón, señor. ¿Ha sido usted el aviador que acaba de volar en ese aparato?

—Sí, señor.

—¿Tendría usted inconveniente en repetir esos ejercicios para ser filmados por la casa "Eagle"?

—Haré lo que he hecho y mucho más. Se van ustedes a quedar bizcos.

—¿Me hace el favor de su tarjeta?

—Ahí va.

Y le largó olímpicamente una tarjeta suya con el gesto qué equivalía a la siguiente frase: "Ahí va la tarjeta de un héroe norteamericano".



—Hoy no puedo acompañaros.

III

Estaba Miguel examinando el anillo que un día comprara para Elena, cuando entró Ricardo y se quedó mirando la joya.

—¡Hombre! — dijo apoderándose de ella —.

Precisamente yo necesito uno así para Elena. ¿Me lo das?

Puesto que Elena pertenecía a Ricardo, lógico era que le perteneciera también el anillo. Se lo dió, dibujando a duras penas una sonrisa cuando Ricardo le abrazó con júbilo infantil.

Inmediatamente fué Ricardo en busca de Elena para ponérselo en el dedo y ella, profundamente conmovida, exclamó contemplándolo cuando ya estaba en su mano:

—Te aseguro, Ricardo mío, que nunca se separará esta sortija de mi dedo.

Pero pasaron los días y las cosas fueron cambiando.

Ricardo no trabajaba ni se buscaba trabajo para ayudar a Miguel. Este, mal que bien, pilotaba el avión y no necesitaba a Ricardo en el hangar.

Era inútil que Elena le echara indirectas. Siempre replicaba exponiéndole negocios fantásticos que no realizaba nunca.

Un día Ricardo le pidió prestado el anillo. Lo necesitaba por un día, nada más que por un día. Al cabo de veinticuatro horas volvería a estar en su mano.

Elena sonrió tristemente. Cada vez veía más claro en aquella alma infantil y ligera.

—No te niego el anillo, Ricardo—dijo quitándoselo del dedo, aunque con profundo dolor, y entregándoselo—, pero, si necesitas dinero, ¿por qué no te buscas una colocación?

—¡Qué tonta eres! ¿No sabes que la tengo?

¿No estabas tú delante cuando el director de la casa "Eagle" quedó en llamarle para rodar una película?... Además, ahora tengo un negocio entre manos que estoy seguro me saldrá bien. Por eso puedes tener la certeza de que mañana volverás a lucir el anillo.

Al día siguiente, Ricardo llamaba por teléfono al café Kelly y preguntaba ansiosamente:

—¿Cómo terminó el "Hot Shot" la cuarta carrera?

—Cayó al dar el primer salto.

—Entonces... ¿perdió?

—Naturalmente.

Anonadado, colgó el auricular. ¿Qué haría ahora? ¿Cómo decir a Elena que no podía devolverle el anillo? ¿Qué excusa le daría? ¡Sería horrible que se enterase de que los doscientos dólares que le dieron de empeño por él se los había jugado en las carreras y los había perdido!

Como esperaba, el disgusto de Elena fué muy grande al saber que no podía devolverle el anillo. Tan grande, que se echó a llorar como una niña.

—¡Pero, Elena! ¿Tanto te gustan las joyas, que hasta llorar te hacen? Después de todo, el anillo no valía casi nada.

—Ese anillo valía para mí más que nada en el mundo—protestó Elena entre sollozos.

El comprendió lo que quería decir y, para consolarla, comenzó a dirigirle palabras llenas de ternura, al mismo tiempo que sacaba el pa-

ñuelo del bolsillo con intención de secarle las lágrimas.

Pero no lo llegó a hacer, porque algo cayó de su bolsillo que llamó la atención de Elena. Lo cogió y leyó:

NOMBRE: "Hot Shot".

CARRERA 4.^a

APUESTA: 200 dólares.

Era el boleto de las carreras de caballos.

Avergonzado, Ricardo había bajado la cabeza y Elena sentía un dolor tan hondo, un desengaño tan desgarrador, que ni siquiera podía hablar.

Menos mal que llegó Miguel y salvó la violenta situación.

—La compañía "Eagle"—dijo a su hermano —acaba de enviar un recado diciendo que te esperan esta tarde.

—¿Lo ves, Elena, lo ves? ¡Ya ha llegado la fortuna, la gloria, la felicidad! Te aseguro que dentro de unos días tendrás tu anillo y otro que tenga un brillante como un garbanzo.

Salió corriendo y era tanta su alegría que ni siquiera se fijó en que Elena continuaba llorando.

Miguel, extrañado, se acercó a ella.

—¿Qué te pasa, mujet? ¿Por qué llores?

Elena le explicó lo sucedido con la claridad que le permitían los sollozos.

—¡Todo sea por Dios! ¡Te aseguro que mañana tendrás el anillo!... Pero no llores más.

—No quiero ya el anillo. Ahora no significa nada para mí.

Y añadió:

—Ricardo no me inspira ya respeto ni confianza... Estuve ciega. Además, él no me dió tiempo para reflexionar. Me deslumbró. Ahora comprendo que no es el hombre capaz de hacerme feliz.

En el alma dolía a Miguel ver sufrir a la mujer a quien quería, pero Ricardo era su hermano y contestó:

—Discúlpale, Elena. Ya sabes que es como un chiquillo que no piensa las cosas... pero tiene un corazón de oro.

—No le disculpes. Un hombre que apuesta a un caballo el anillo de compromiso de su novia tiene un concepto muy pobre de la dignidad y del amor.

—Pero él te quiere, Elena. Y tú no sabes lo que se sufre cuando se quiere y no se es correspondido...

La frase había brotado espontáneamente de su corazón. Se arrepintió de haberle dado un tono que delataba el verdadero significado de ella, pero fué feliz al oír que Elena le contestaba:

—Sé más de lo que tú te figuras, Miguel.

Y al decir esto, le miraba con hondo afecto a los ojos.

IV

El trabajo que había de realizar Ricardo tenía para él la enorme dificultad de que no lo había hecho nunca.

Tenía que volar, no durante la tarde como había creído, sino de noche para que unos cohetes instalados en las alas pudieran recortarse sobre el negro fondo del cielo dando al aeroplano el aspecto fantástico de un ave con alas de fuego.

Pero Ricardo no se volvía atrás nunca. Dió instrucciones a los encargados de manejar los reflectores, con objeto de que estuviera siempre iluminado el terreno de aterrizaje y se remontó.

Se encendieron los cohetes y los chorros de fuego comenzaron a trazar en el espacio caprichosos encajes.

Cuando se le ocurrió mirar hacia abajo para ver si el aeródromo estaba iluminado, el reflector enfocado siempre en dirección al aeroplano le cegó.

Se remontó casi verticalmente para evitar el deslumbramiento y el aparato entró en barrena.

En vano luchó por dominarle. El maldito reflector le perseguía y le cegaba... Un estampido formidable y se sintió despedido a gran distancia. Después no podía saber lo que sucedió. Había perdido la noción de las cosas.

* * *

Precisamente en aquel momento, Miguel entregaba a Elena el anillo recuperado.

—Toma; dáselo a Ricardo para que lo vuelva a poner en tu dedo.

—No, Miguel, no. ¿A qué seguir esto que no ha sido más que una locura? No amo a Ricardo y no me casaré con él. Este matrimonio nos haría desgraciados a los... dos.

Iba a decir "los tres", pero se contuvo. Sin embargo, Miguel lo adivinó y exclamó con los ojos llenos de lágrimas de emoción:

—¿De verdad, Elena? ¿De verdad quieres que el anillo te lo ponga yo?

—Sí, Miguel, sí. Porque a ti es a quien amo y he amado siempre. Demos gracias a Dios por que lo haya comprendido antes de que fuera demasiado tarde.

Y mientras en el lejano aeródromo el avión en que iba Ricardo se estrellaba contra el suelo, Miguel y Elena se fundían en un abrazo de amor verdadero.

* * *

Lá consecuencia de la caída fué el atrofamiento de ciertos tendones que sumieron a Ricardo en una completa sordera.

Al lado de la cama en que le habían practicado la primera cura estaban Elena y Miguel

tratando de ocultar bajo una sonrisa su inquietud. Lo primero que hizo Ricardo al despertar fué comprobar que no oía absolutamente nada. Después se volvió y al ver a Elena, le tendió los brazos como un niño que buscara el refugio del consuelo materno.

—¡Elena, Elena!—gimió—. Lo que más siente es no poderte dar el anillo...

Y su cabeza volvió a desplomarse en la almohada.

Elena y Miguel le hablaron, pero él los miró estúpidamente.

—¡No oigo nada! ¡No oigo nada!—exclamó.

Y rompió a llorar como una criatura ocultando el rostro entre las manos.

Miguel y Elena se miraron.
—No podemos decirle la verdad—declaró él—. Es preciso que siga creyendo que le perteneces.

—Tienes razón. ¡Pobre Ricardo!
Se quitó el anillo y se lo devolvió a Miguel sin que el enfermo lo viera. Este, comprendiendo lo que aquello significaba, se lo entregó a Ricardo.

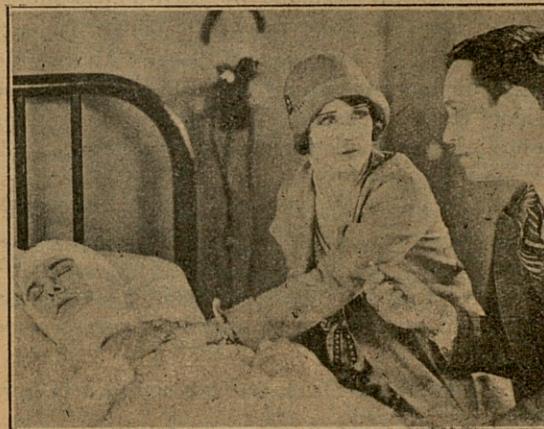
—¡Gracias, Miguel!—dijo éste conmovido—. Tú siempre has sido mi providencia.

Y requirió la mano de Elena y sintió el gran consuelo de reparar su falta volviendo a colocar la sortija en su dedo.

* * *

Después de muchas e inútiles visitas, el médico dijo:

—Esperaba una reacción que le devolviera el oído; pero como la reacción no llega será preciso operarlo si quieren ustedes que sane.



Se lo devolvió a Miguel, sin que el enfermo lo viera.

Y entonces al conflicto de amarse a escondidas de Ricardo, se unió el de buscar el dinero preciso para operar al enfermo.

Pensando en ello estaban cuando sonó el timbre del teléfono y acudió Miguel a la llamada.

Oyó que le decían a lo largo del hilo telefónico:

—Aquí la compañía "Eagle". ¿Quiere usted preguntar a Ricardo si puede recomendarnos algún piloto para terminar la escena que él, desgraciadamente, no pudo acabar?

Miguel vió el cielo abierto.

—Yo soy el hermano de Ricardo. Si me lo pagan bien, haré lo mismo que él hizo...

—Lo que él hizo ya está hecho. Ahora sólo falta un lanzamiento en paracaídas. Si usted se siente capaz de hacerlo, venga en seguida a los estudios y puntualizaremos las condiciones.

—En seguida voy.

Elena, que estaba al lado de Miguel y que lo había comprendido todo, se echó en sus brazos.

—¡No irás, no irás!—exclamó—. Si Ricardo que tanto sabe de eso se estrelló, ¿qué sería de ti?

—Comprende, Elena, que eso significa la operación de Ricardo.

—Ni siquiera por eso lo debes hacer. Tienes una probabilidad contra cien de salir con vida. Es una locura.

Miguel trató de desasirse de los brazos de Elena y ella le sujetaba cada vez más desesperadamente. Apareció de pronto Ricardo y ellos se volvieron al verle, quedando sin saber qué hacer ni qué decir.

—¿Por qué reñís?—preguntó el enfermo.

Y como los dos callaran realmente confundidos, Ricardo exclamó afablemente:

—No está bien que riñáis como cuando érais



—¿Por qué reñís?

niños. Pensad que pronto seremos los tres hermanos... ¡Vamos! ¡A darse un beso y aquí no ha pasado nada!

Y se dieron el beso.

* * *

Al día siguiente, en un momento en que se hallaba solo, porque Elena estaba en su casa y Miguel había salido, Ricardo tuvo de pronto

una sorpresa que le impresionó hasta el punto de hacerle palidecer.

Había encendido una cerilla y oyó el ruido que hizo al rascarla. Sin dar crédito a sus sentidos encendió otra y al ver que el milagro se repetía ya no dudó de que había recobrado el oído. Dió golpes en los muebles y cantó y bailó. ¡Todo, todo lo oía! ¡Había llegado la reacción que esperaba el médico y de la cual comenzaba a desconfiar! ¡Ya no estaba sordo! Era feliz!

Pensando estaba en la alegría que les daría a Miguel y a Elena, cuando les vió entrar en el jardín y en seguida se le ocurrió la idea de no decirles nada hasta que se presentara una buena ocasión para darles la sorpresa de modo que surtiera todo su efecto... Volvió a su sillón...

Se sentó. Se regocijaba de antemano de la alegría que iba a causarles.

Miguel y Elena se habían detenido al entrar, junto a la puerta y, aunque no los veía, podía oírlos perfectamente.

Fué Miguel el primero que habló.

—¡Qué ganas tengo, Elena, de que Ricardo esté curado y podamos decírselo todo! ¿No te parece también a ti que será muy hermoso el día en que podamos amarnos sin ocultarnos de él ni de nadie?

—Sólo te diré que me muero de impaciencia, Miguel, que no sé cómo puedo resistir la tentación de decir a todo el mundo a voz en grito que te adoro. Es decir, sí sé; tengo miedo... por Ricardo. ¡Qué desilusión le espera! No... no

tendré valor de destruir sus más caras ilusiones... Sin embargo, comprendo que es preciso. Te amo y este amor es superior a cualquier otro sentimiento de mi alma... El me dará ánimos para afrontar el momento difícil.

—¡Elena!... ¡Elena!...

Un beso coronó el diálogo.

Ricardo, clavado en el sillón por el dolor y por la sorpresa lo había oído todo... ¡Destino cruel y despiadado!... Le daba oídos cuando había de oír lo que era cien veces peor que su sordera.

No se atrevió a moverse. Comprendió que revelar su curación a *sus hermanos* (porque los dos lo eran ya) representaría para ellos un conflicto de turbación y su mismo dolor le hizo ser abnegado y callar. De momento era preferible que no supieran nada.

—Me voy ya, Elena. La compañía “Eagle” me debe de estar esperando. Es la hora convenida.

—¡No vayas, Miguel, no vayas! ¡Es una locura! ¡Te estrellarás! ¡Ya ves lo que le pasó a Ricardo!

Otra vez se echó Elena a su cuello, pero ahora más resuelta a no soltarle.

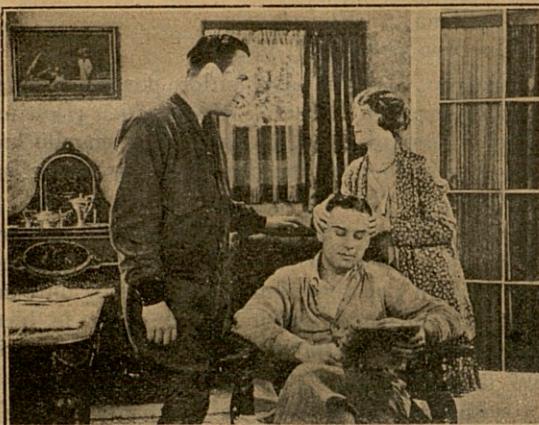
Ricardo se levantó e intervino.

—¿Otra vez riñendo?—inquirió disimulando su amargura con una sonrisa.

Miguel escribió en un papel, empleando el sistema que utilizaba siempre:

Elena tiene miedo de que vaya a probar un nuevo aparato y no hay ningún peligro.

No pudo hacer ningún comentario, porque Elena, preocupada únicamente en salvar a Mi-



—Me voy ya, Elena.

guel, insistía en hacerle quedar.

—Y si no quieres quedarte — dijo al fin —, llévame contigo.

Miguel accedió y se fueron.

Apenas habían hecho caso a Ricardo y allí se quedó, con el papel en la mano y todo él sumido en un mar de amargura.

Pero de pronto se dió cuenta de que la vida de su hermano estaba en peligro. Le había oído

decir que tenía que ir a los estudios "Eagle" y todo lo demás lo adivinó él.

No vaciló un instante en olvidar su desengaño para pensar únicamente en el peligro en que se hallaba Miguel y salir corriendo en dirección al aeródromo en que con tan poca fortuna había él volado.

No se preocupó del motivo que Miguel tuviera para realizar la hazaña y al enterarse en el aeropuerto de que se trataba de un lanzamiento en paracaídas y de que todo estaba dispuesto para comenzar, corrió hacia el avión y suplicó al piloto que le dejara conducir a él el aparato, ya que era su hermano el paracaidista.

Accedió el piloto y como el motor estaba ya en marcha, tuvo Ricardo el tiempo justo para saltar al avión y despegar.

Dió por escrito consejos a su hermano acerca de cómo debía realizar el lanzamiento y precisó el instante en que debía lanzarse.

Abajo, Elena se sujetaba el corazón con ambas manos y tenía los ojos dilatados y fijos en la altura.

Se levantó Miguel y se deslizó hasta la punta del ala.

De pronto resbaló y cayó al espacio, pero con tan mala fortuna, que el paracaídas sin abrirse quedó colgado por una de las correas del ala del avión.

No lo pensó Ricardo. Abandonó las palancas de conducción y se arrastró hasta la punta del

ala provisto de una navaja con la que cortó la correa.

Cayó Miguel y el paracaídas se abrió como un ave fantástica. Elena dió un grito de alegría y los de la compañía aplaudieron. La caída no había podido ser más emocionante y fotogénica.

Y ya nadie se preocupó del piloto hasta que vieron que el aparato caía en barrena como la otra vez. Ricardo no había tenido tiempo de volver a su sitio antes de que el incidente sobreviniera.

Esta vez no se redujeron las consecuencias a una simple sordera, sino que Ricardo murió... murió en brazos de sus hermanos y teniendo el tiempo justo para decirles:

—Lo sé todo, sé que os amáis y muero tranquilo porque estoy seguro de que seréis felices.

Y lo fueron, sí, pero sin olvidar nunca, nunca, el heroísmo de aquel hermano, tan niño en apariencia y tan hombre en el fondo.

FIN

Ha sido revisado por la Censura

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

Estrellas dichosas

Esto es el cielo

La senda del 98

Espejismos

Evangelina

Esta semana:

EL CABALLERO

por Richard Talmadge

Precio: 1 peseta

El jueves saldrá el noveno cuaderno
de la novela en 20 cuadernos

De vendedora de periódicos a estrella de cine

Precio: 25 céntimos

Otro gran éxito

La Novela Sentimental

Precio:
30 cts.

Formidable éxito de

La Novela EVA

Publicación semanal
de novelas modernas

Precio: 30 céntimos

¡Novedad!

La Novela para Todos

Publicación semanal de novelas
para todos. Excelentes asuntos

Precio: 30 céntimos

EB